

FUNERAL POR EL P. ROMUALD M. DIAZ
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
13 de marzo de 2008
Job 19, 1.23-27; Sal 121; 1Jn 3, 1-2; Jn 17, 24-26

"Veni, Domine, et noli tardare". Era, queridos hermanos y hermanas, una oración que, así en la forma latina, el P. Romuald repetía a menudo; y con una intensidad especial este último adviento y en el tiempo de Navidad. "Ven, Señor, no tardes". Y, añadía, también en latín: "Señor, muestra tu poder y ven. Libéranos y seremos "salvados" (Misal Romano). No es que quisiera morir, era que deseaba "la vida eterna con pasión espiritual" (cf. RB 4, 46). Si san Benito dice que todo monje lo tiene que desear, él, con 93 años y las limitaciones físicas que tenía, lo deseaba todavía más. Y sabía que para llegar tenía que pasar por el umbral de la muerte. "Veni, Domine, et noli tardare". Con esta plegaria se unía a la invocación del *Espíritu y la esposa* -la Iglesia- que dicen hasta el final del tiempo: *¡Ven! ¡Señor, Jesús!* (Ap 22, 17.20).

Pero no era fundamentalmente a causa de las limitaciones que deseaba la venida del Señor. Había otro motivo más profundo; a causa de su vida de monje y de estudioso de la Sagrada Escritura, quería que se hiciera realidad en él las palabras que hemos escuchado y que han alimentado su esperanza: *Yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán*. Y, todavía, *ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es*. El P. Romuald deseaba ver a Dios, ver a Jesucristo; su ceguera desde hacía muchos años era como una parábola de su deseo espiritual. No es que pretendiera ver a Dios con los ojos del cuerpo; sabía bien que sólo puede ser contemplado con la mirada interior, lo cual él ya había degustado en los momentos más intensos de su vida de plegaria. Deseaba el descubrimiento. Anhelaba el momento en que se haría realidad para él la palabra de Jesús que hemos escuchado en el evangelio: *Padre, este es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria*. Y sabía que la *gloria* de Dios, mientras estamos en este mundo, no se ve con los ojos mortales sino con los ojos de la fe y, después de la muerte, con la mirada transfigurada por gracia divina.

Por eso, a su plegaria insistente "Veni, Domine, et noli tardare", puede añadir, ahora que el Señor lo ha venido a buscar, la palabra jubilosa del salmista: *Qué alegría cuándo me dijeron: vamos a la casa del Señor*. Esta actitud espiritual puede parecer sorprendente para la mentalidad de hoy, cuando, hasta por parte de muchos cristianos, el ideal es no morir nunca y la vida más allá de la muerte les es más un interrogante que una certeza de fe. En cambio, esta actitud no es tan sorprendente en el monje que ama profundamente a Jesucristo y que "nada estiman más que Cristo" (cf. RB 5, 2) y desea verlo, encontrarse con él, para contemplarlo tal como es en el abrazo eterno. Cuando san Benito nos dice "desea la vida eterna con toda la pasión espiritual" (RB 4, 46), nos invita a anhelar el encuentro con Cristo y así poder llegar a la plenitud de la propia existencia personal, en la alegría y el amor sin fin.

La liturgia de la Palabra de hoy nos invita, pues, a mirar la muerte con la perspectiva que viene de la pasión, la muerte y la resurrección de Jesucristo. No es que los cristianos seamos insensibles ante la muerte. Nos cuestiona fuertemente. Y al ver cómo el proceso de la muerte va avanzando y se vuelve agonía después de tantos afanes por vivir, hasta podríamos tener la tentación de pensar que la existencia humana es un deseo sin sentido. La paradoja cristiana, sin embargo, es que Jesucristo hace nacer la vida -y la Vida para siempre- de allí mismo donde se produce la muerte. Las palabras de la fe cristiana anunciadas por la Iglesia tienen que ser *testimonio* para

todo el mundo que ve en la muerte el fin de la persona. Porque, los cristianos creemos en la *prueba de amor que nos ha dado el Padre* del cielo en la cruz de Jesucristo, por gracia del cual *ahora ya somos hijos de Dios* y después de la muerte, también por gracia de él, *se manifestará esta realidad* en su plenitud.

La vida y los escritos del P. Romuald han querido ser testimonios de esta fe, vivida con convicción dentro de la fragilidad humana inherente. Toda su vida ha querido ser un "peregrino de la Palabra" de vida y ayudar a los otros a ponerse en camino hacia la tierra prometida. Nacido en Igualada el año 1914, la fe cristiana había arraigado en él desde pequeño en el seno de la familia Díaz-Carbonell. Joven entró en el seminario de Vic, y desde entonces se ha sentido muy vinculado a esta diócesis. Siendo clérigo menor, entró en el nuestro monasterio el año 1933 y profesó un año después. Durante la guerra civil tuvo que huir, como todos sus hermanos de comunidad. De vuelta a Montserrat, recibió la ordenación presbiteral en 1940. Fue enviado a hacer estudios bíblicos primero en Fribourg y después en Salamanca y Jerusalén. Durante un buen número de años trabajó en el equipo bíblico de Montserrat y en la traducción y comentarios de nuestra Biblia. Entre otras tareas, fue profesor, prefecto de los hermanos, consiliario de los oblatos, enfermero del monasterio. El año 1971 formó parte de la pequeña comunidad montserratina que, en respuesta a una petición expresa del Papa Pablo VI, fue al Instituto Ecuménico de Tantur, cerca de Belén. Allí fue conocido como abuna Hanna, en razón de su nombre de pila, que era Juan. Desde entonces vivía con preocupación la situación de violencia creciente en Tierra Santa y la llevaba a la plegaria. Volvió definitivamente a Montserrat en 1981 por razones de salud y ya con la vista muy mermada. Todavía colaboró, sin embargo, en diversas tareas, principalmente en la secretaría abacial y en el fichero biográfico y bibliográfico de los monjes, en el cual, a pesar de su ceguera ha trabajado hasta casi al último momento ayudado por un monje joven. Ahora ya hacía un cierto tiempo que estaba en la enfermería, atento siempre a la vida de comunidad y dándose a la plegaria, a veces muy sobria y un poco árida, otras veces jubilosa, siguiendo el ritmo de la liturgia. Su temperamento un poco estricto de cuando era joven, fue suavizándose con la madurez de los años. Escribió muchísimos artículos y fue biógrafo del P. Abat Marcet, del P. Bonventura Ubach, del beato Pere Tarrés y del beato Francesc Castelló, de cuya causa de canonización había sido vicepostulador. Tenía una gran devoción, también, al Santo Cristo de Igualada sobre el cual había escrito una monografía; en él veía sintetizado todo el misterio del Señor que se da para revelar el amor de Padre y otorgarnos la salvación.

Ahora, hermanos monjes, escolanes, familiares, amigos y conocidos, uniremos nuestra plegaria a la Eucaristía de Jesucristo a fin de que el Señor purifique a nuestro P. Romuald de todas las faltas que haya podido cometer en su vida y de las cuales pedía perdón todavía el lunes pasado, confortado con los sacramentos de la Iglesia y la plegaria de los hermanos de comunidad. Que se haga realidad para él las palabras de Jesús que hemos oído en el evangelio: *Padre, este es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria*. Así, él que amaba Montserrat, nuestro Sinaí, y que había peregrinado diversas veces al Sinaí, al Tabor y al Calvario, podrá llegar a la montaña de Dios donde se realiza la verdadera transfiguración. Que le sean "escala de la gloria estos peñascos" (cf. Virolai) donde ha vivido como monje su deseo de identificación con Jesucristo.